



Question

Periodismo / Comunicación
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Internacional



Entre la escritura y lo inenarrable de la crisis

Carolina Rossini

Question/Cuestión, Nro.69, Vol.3, agosto 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e562>

Entre la escritura y lo inenarrable de la crisis

Between Writing and the unspeakable of the crisis

Carolina Rossini

Universidad de Buenos Aires

Argentina

carorossini93@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-3914-1591>

Resumen

El presente trabajo tiene por objetivo reflexionar sobre la forma en que se configura el acontecimiento de la crisis de diciembre de 2001 en *La intemperie*, de Gabriela Massuh. Las formas de abordar el concepto a través del diario personal construye una multiplicidad de discursos, formas y contenidos que, de distinta manera, se aproximan a la representación artística de un suceso que se caracteriza, dentro de la narración, por el abandono, la vulnerabilidad y el derrumbe en distintos planos. De este modo, el trabajo busca abordar la forma en que la escritura de la crisis supone una potencia en la medida en que permite abrir

sentidos cristalizados, romper con la jerarquía de las dicotomías entre lo privado y lo público, así como también configurar un tipo de representación que entrecruza sentidos, significantes y géneros.

Palabras clave: crisis; experiencia; representación; diario; escritura.

Abstract

The present work aims to reflect on the way in which the event of the December 2001 crisis is configured in *La intemperie*, by Gabriela Massuh. The ways of approaching the concept through the personal diary builds a multiplicity of discourses, forms and contents that, in different ways, approximate the artistic representation of an event that is characterized, within the narrative, by abandonment, vulnerability and the collapse on different planes. In this way, the work seeks to address the way in which the writing of the crisis supposes a power insofar as it allows opening crystallized senses, breaking with the hierarchy of dichotomies between the private and the public, as well as configuring a type representation that intersects meanings, signifiers and genders.

Key words: crisis; experience; representation; journal; writing.

Introducción

Determinada producción literaria argentina posterior a diciembre de 2001 se encuentra atravesada por los avatares de un acontecimiento particular en la historia argentina. El declive económico signó un presente atravesado por la exclusión social, el desempleo, la precariedad, la disgregación social (Saítta, 2014), entre el desajuste respecto de la representación política y la desorganización de la vida a nivel subjetivo. Dentro de los alcances de la crisis, el campo literario no fue la exclusión. Las distintas variables de la crisis como, por ejemplo, la económica, la política, la artística y la social, comenzaron a formar parte de narraciones literarias con la perspectiva de indagar en formas de representar simbólicamente la experiencia que la misma crisis pone en tensión. Como argumenta Drucaroff (citado por Ariza, 2018), comenzaron a aparecer narraciones en donde diciembre de 2001, fecha que reúne un complejo y extenso proceso político, económico y social, se convirtió en condición de escritura; aparecieron también narraciones en las que el acontecimiento se mostraba de forma secundaria, indirecta o de manera exhaustiva. Es decir, el estallido de la crisis marcó un eje a partir del cual reflexionar, desde la literatura, sobre las formas de representar la experiencia de la crisis.

En concreto, según la clasificación establecida por Sebastián Hernaiz (2006), existen dos líneas básicas dentro de la literatura posterior al estallido de la crisis de 2001. Por un lado, existen textos que dialogan a través de la reposición de los elementos que forman parte del saber público y remiten a fechas precisas ancladas en la realidad concreta. Por otro lado, existen textos que omiten el anclaje en las fechas exactas, pero que se cargan de significaciones no sólo en la referencia a los imaginarios ya establecidos, sino en el modo en que trabajan la escritura y por cómo se articulan dentro del lenguaje del texto las series políticas y sociales. Esta dualidad imprime un tipo de lectura basado en dos zonas de la literatura que apelan a la crisis de forma dialogal y permeable: una perteneciente a la crisis de la hegemonía social, es decir, una zona literaria que “se escribe con y entre los gajos de la hegemonía que se deshace y rearticula” (Hernaiz, 2006, p.5). Una segunda zona literaria que “se escribe con los daños colaterales de la hegemonía instituida y sus crisis” (Hernaiz, 2006, p.5). En el contexto de poscrisis, de esta manera, la literatura no solo funciona como un

espacio desde donde establecer un diálogo directo o indirecto con la situación social y la experiencia de la crisis, sino también, traza un recorrido que permite reflexionar sobre el acontecimiento desde una postura centrada en la experiencia y en los efectos que produce, así como también, desde una postura simbólica que busca establecer los límites y los alcances de la representación artística.

Bajo esta perspectiva, en *La intemperie* de Gabriela Massuh (2008) se identifican determinados aspectos que permiten establecer una lectura en donde se abordan, dentro del plano formal y del contenido, el acontecimiento de la crisis, la experiencia de la crisis y los efectos que proyecta. Las condiciones extra-literarias que se plantean en la narración instauran un marco simbólico que consolida no solo las formas de leer el acontecimiento real, sino también, las formas de narrar y representar la experiencia, los efectos, las emociones y las vivencias, en donde la escritura del diario personal se posiciona como un recurso distintivo. En concreto, la experiencia de la crisis en la novela se desplaza de forma ambigua entre las posibilidades de representación que ofrece la escritura del diario en tanto potencia simbólica constructora de sentido y conocimiento, y la imposibilidad de representación dentro del plano de los sucesos: falta de comunicación, abandonos amorosos, crisis de vínculos y de proyectos artísticos.

Significativamente, la escritura del diario funciona como una potencia y una posibilidad de representación en la medida en que configura una multiplicidad de discursos que dan cuenta de la ambigüedad, la incertidumbre y los efectos que produce el acontecimiento dentro del plano subjetivo y dentro del ámbito social. De forma paradójica, no obstante, en el plano de lo narrado, es decir, dentro del contenido de la narración, la representación de la experiencia de la crisis se choca con un límite. Los vínculos, los proyectos laborales y la vivencia cotidiana de la narradora, se encuentran con un punto fronterizo que inhabilita la conformación acabada y explícita de una representación de la realidad dado que los desencuentros, la falta de comunicación y el desajuste en la comprensión, así como también el derrumbe, la incertidumbre y la indeterminación condicionan las acciones, los deseos y las decisiones de los personajes.

De todos modos, en el presente trabajo se propone reflexionar sobre las formas de abordar la experiencia de la crisis dentro del plano formal y dentro del plano del contenido puesto que evidencian un punto similar: la ruptura de las dicotomías excluyentes, tales como lo

privado y lo público, la experiencia y la razón, y de los imaginarios sociales y los conceptos universales. En concreto, se destaca la forma en que el proceso de escritura funciona como una potencia en la medida en que permite, por un lado, describir el impacto de la experiencia de la crisis a través del recorrido subjetivo y de la percepción presuntamente inenarrable sobre lo social por parte de la narradora, sino también romper y poner al descubierto la forma en que la crisis quiebra los saberes y conceptos cristalizados; permite abrir sentidos, establecer nuevas lógicas y formas de comprender un acontecimiento signado por la incertidumbre, el derrumbe y la intemperie.

Crisis y representación

En *La intemperie*, de Gabriela Massuh, la búsqueda por establecer una representación artística y simbólica de la experiencia de la crisis constituye un eje transversal que presenta determinadas problemáticas dentro del recorrido de la narradora respecto de la escritura y de los sucesos expuestos en la narración.

En primera instancia, la categoría de *representación* permite determinar las formas y las variables de lectura en las que un objeto de la realidad es percibido, para poder (re) presentarlo en otro ámbito, en este caso, la escritura literaria (Szurmuk y McKee, 2009). La distancia entre la percepción sensitiva y la presentación dentro del ámbito del lenguaje y la cultura da cuenta de un recorrido entre una lectura y una forma de narrar o de materializar, a través de prácticas lingüísticas, sociales y culturales, un referente propio de la realidad concreta, un elemento extra-literario.

Bajo esta perspectiva, la experiencia de la crisis en la narración supone una forma de percibir un acontecimiento de la realidad concreta que establece una lógica novedosa dentro de las formas de narrar dicho acontecimiento. En la medida en que la percepción y la representación se encuentran configuradas en el relato en primera persona del diario, que acompaña el recorrido subjetivo de la narradora respecto de los acontecimientos sociales, las formas de representar la crisis conllevan un abordaje particular. Se construye una nueva lógica de relaciones y formas de expresión alrededor y a través de la vulnerabilidad, el cuerpo y las emociones. La forma de representación, de esta manera, rompe y se aleja de formas tradicionales de anunciar acontecimientos políticos e históricos, como la temporalidad

cronológica y la objetividad propia de los relatos sobre hechos políticos, para concentrarse en la forma en que la experiencia de la crisis se configura alrededor de la subjetividad y las intensidades del cuerpo.

La experiencia de la crisis, de este modo, entrecruza lo social y lo subjetivo así como también los hechos objetivos y las narraciones subjetivas, para poder configurar un tipo simbólicamente particular de conocimiento. En concreto, como argumenta Diego Sztulwark (2019), el estallido de la crisis de 2001 en Argentina supuso un quiebre no solo en aspectos materiales, como puede ser lo económico, sino también en la narración que le da sentido, en los discursos y los saberes. El estallido produce en el presente una transformación en las formas de registrar el funcionamiento lineal del tiempo histórico, dado que la crisis implica un intervalo que da paso a nuevos saberes, estrategias, lenguajes, cuerpos y territorios. De la misma manera, expresa Rivera Cusicanqui (2018) que la crisis pone en tensión las palabras, cuestiona los supuestos del sentido común, relativiza los saberes cristalizados y las formas en las que creemos entender dichos conceptos y supuestos. Asimismo, Sztulwark (2019) manifiesta respecto de la crisis que los efectos que produce como, por ejemplo, el derrumbe y la decepción, se elaboran como expresiones que dan cuenta de la crisis desde el exterior, que permiten aludir a la pérdida de la normalidad, a la pérdida del sentido del tiempo histórico, desde los sucesos políticos y económicos.

No obstante, en relación a la implicancia que tiene dentro de lo simbólico, es decir, dentro del lenguaje y de la construcción de las subjetividades, la crisis renueva una estructuración del presente a través del lenguaje. Dentro de la novela, el plano simbólico y el subjetivo establecen un recorrido similar al estallido de la crisis y el derrumbe social, visibles en la escritura del diario personal. En este sentido, la narración y la representación de la crisis marcan una potencia que permite generar una lógica simbólica nueva, es decir, establecer una dinámica que construya otro tipo de saberes y significados distintos a aquellos conceptos universales puestos en cuestión por los efectos generalizados de la crisis.

Puesto que la experiencia de la crisis propone un reordenamiento de lo real, el eje a partir del cual leer los acontecimientos se desplaza hacia una lógica diversa, que no tiene en su centro la linealidad de la cronología ni la historización progresiva de los hechos o la sucesión de hechos hacia una resolución posible. Por el contrario, se propone una lectura que rompe con la hegemonía de los binarismos y las dicotomías tradicionales porque se centra en la

experiencia no como contraria a la razón, sino como percepción sensible en donde la razón cobra otros sentidos, otras formas de generar conocimiento; también se centra en la subjetividad, como espacio del cuerpo y de la mente, en donde se configuran asimismo lo privado, lo público y la experiencia cotidiana en interrelación. Es decir, el eje puesto en la experiencia de la crisis y en el impacto dentro de lo sensible, en la subjetividad y en las relaciones, en las formas de la percepción, concuerda con la reflexión sobre las formas de afectar y de ser afectado, y la jerarquía de las emociones, en este caso, por el acontecimiento de la crisis. Como indica Cecilia Macón (Berlant, 2020), la forma de afectar y ser afectado remite a la idea de los afectos como experiencia corporal que, a su vez, son considerados como instancias performativas y colectivas, responsables de poner en tensión los binarismos: razón y emoción, interior y exterior, mente y cuerpo, acción y pasión, lo privado y lo público, entre otras. Las formas de leer la afectación remite, asimismo, al estudio de las emociones en conjunto con la forma en que la política repercute dentro de la jerarquía social. Como expresa Sara Ahmed (2015), la consideración de los sujetos o de los colectivos como emotivos, pasibles de vulnerabilidad y afectación, implica establecer un vínculo con las relaciones de poder, que asignan significado y valor a las personas, de forma inequitativa, como una forma de sujeción que excede la forma jerárquica de opresor y oprimido, para dar paso a una forma compleja en la que las personas experimentan las situaciones de injusticia social, dentro del entramado social signado por el neoliberalismo, el patriarcado, el racismo, entre otros sistemas opresores. Puesto que se considera la forma en que la experiencia de la crisis impacta dentro de la subjetividad de los personajes de la novela, no como característica estática, sino como formas que circulan y moldean a los cuerpos, las decisiones, las acciones y que implican, asimismo, una manera de orientarse y dirigirse a los demás. En este sentido, las consecuencias de la crisis en los distintos planos mencionados, la ruptura de las dicotomías tradicionales, impactan dentro de las formas de percibir, dentro de la experiencia, así como también dentro de la configuración de la subjetividad y la escritura.

El diario personal: crisis social y fragmentación subjetiva

La intemperie comienza la narración de forma posterior al estallido de la crisis de diciembre de 2001, a través de la escritura de un diario personal. La escritura del diario establece, desde el

inicio, una lógica narrativa por lo que se refiere a la experiencia de la crisis. De forma general, si bien la novela toma los acontecimientos extra-literarios asociados a la crisis de 2001, la escritura se centra, en mayor medida, en el abandono amoroso por parte de Diana a la narradora. Rompe, de esta manera, con una forma cronológica de narrar los hechos para dar paso a la narración de acuerdo a un eje trazado desde el cuerpo y la subjetividad. El acontecimiento de la crisis se evidencia, por un lado, de acuerdo a la referencia temporal de las entradas del diario y por formar parte del contenido de la narración en determinadas oportunidades. No obstante, la escritura fragmentada del diario por entradas marca un eje característico vinculado a la experiencia de la crisis: las implicancias dentro de la subjetividad y las formas en que la escritura en primera persona marca una temporalidad indeterminada; el pasado y el presente se entrecruzan; se configuran múltiples discursos y textualidades que exceden la escritura de lo íntimo; se visibilizan las emociones individuales y sociales, y las intensidades del cuerpo adoptan un lugar central.

Las distintas aristas que se abordan respecto de la escritura del diario personal permiten identificar una escritura que construye una memoria no cronológica, puesto que recorre, desde la subjetividad de la protagonista, situaciones y experiencias del pasado de forma arbitraria, guiada por las emociones del cuerpo, reflexiones y percepciones de los sucesos que dan cuenta del impacto de la crisis en distintos ámbitos. En concreto, así como la escritura del diario permite narrar la experiencia de la crisis a través de la vulnerabilidad, la fragilidad de las relaciones interpersonales de la narradora y la multiplicidad de discursos, se proyectan también las consecuencias de la crisis, el desborde por fuera del plano subjetivo hacia lo social, lo político, lo económico y lo cultural.

La escritura bajo la dinámica del diario personal se caracteriza, de esta manera, por la fragmentación y la multiplicidad. Es decir, el diario, escrito en primera persona, desarrolla el recorrido de la protagonista desde el 31/12/02 al 01/07/04, respectivamente, a través de distintas entradas de acuerdo a los distintos días de escritura. Las diferentes entradas marcan un trayecto personal, amoroso, laboral y político en la medida en que la narración reúne situaciones personales: vínculos afectivos, situaciones laborales, proyectos personales. Además, configura situaciones pertenecientes al ámbito público y político del contexto de enunciación: la descripción de las consecuencias de la crisis en personas, espacios y escenas bajo el formato de escritura de la crónica periodística, la disputa simbólica respecto de

representaciones culturales desde la modalidad del ensayo y la crítica, y la descripción de la crisis y el abandono desde citas literarias.

De esta manera, el proceso de escritura responde, a lo largo de la novela, al dinamismo propio de la experiencia de la crisis generalizada en los distintos planos en los que se presenta. La escritura evidencia una fragmentación que se correlaciona con la escisión propia del sujeto en crisis, entre aquello que se sostiene en las emociones respecto de sucesos pasados y coyunturales, y la situación actual del sujeto de enunciación que hace y produce en vínculo con la crisis, entre las distintas temporalidades, como también entre las emociones contradictorias que experimenta. Ariza (2018), en relación a lo dispuesto, argumenta que la crisis amorosa que vive la protagonista de la novela y la crisis social y política asociada al abandono estatal, se encuentran intrincados en la narración. La articulación de los dos acontecimientos en la escritura da cuenta del registro de lo íntimo en la narración en primera persona, así como también del lugar de desprotección política que supone la experiencia de la crisis: una intemperie, una fragilidad. Así como dentro del orden de lo narrado se pone de manifiesto la crisis generalizada en el juego entre el abandono íntimo y el abandono político, paralelamente, se aborda el problema de la posibilidad de representación simbólica de la crisis, es decir, la forma de leer y de narrar el acontecimiento político. En este sentido, la vulnerabilidad subjetiva y la fragilidad social encuentran su correlato en el desarrollo de la escritura.

El cuerpo-texto de la escritura

Desde el inicio de la narración, la escritura se plantea como un *efecto* del estado del cuerpo y de la experiencia: “Escribir ahora, en este preciso momento, es la consagración de la nostalgia” (Massuh, 2008, p.8), así como también como un *estado* propio del cuerpo: “la escritura es sólo un ir para adelante sin encontrar nunca el camino” (p.31, 32). La relación recíproca que se establece entre el texto y el cuerpo configura una escritura en la que ambos elementos se entrecruzan y construyen una dinámica propia: un cuerpo-texto.

La vulnerabilidad que manifiesta la narradora a través de la inestabilidad de las emociones y la explicitación de las mismas, marca un punto clave para pensar las formas en que la crisis produce efectos a nivel subjetivo y las formas en las que, a partir de allí, los

personajes representan el acontecimiento desde y hacia la escritura del cuerpo-texto. Se trata de leer un tipo de escritura que representa, desde la fragmentación, la experiencia de aquellos personajes invadidos por el derrumbe de las condiciones económicas y sociales, así como también por el abandono amoroso y la emocionalidad del desamparo.

Orecchia Havas (2019) establece dos elementos que aportan al análisis de la novela desde la perspectiva dual que entrecruza lo político y lo íntimo: la forma del diario íntimo y la construcción de una narrativa de la crisis entrelaza los efectos de la crisis en el cuerpo social y en la vida amorosa y sentimental de la narradora. El diario íntimo funciona, en este sentido, como un operador encargado de una doble funcionalidad narrativa. Por un lado, se posiciona como un artificio que permite trazar un recorrido paralelo a la vida afectiva de la narradora, es decir, da cuenta de la intimidad, de la sensibilidad y de la subjetividad. Por el otro, es un registro de lo que sucede a nivel contextual, una escritura que construye una realidad exterior. La división del tiempo en el registro del diario íntimo construye una escritura que imita la precisión de los hechos de acuerdo a un orden cronológico pero estableciendo una perspectiva personal que otorga a la realidad narrada la independencia de lo íntimo, donde también se ponen en juego las elipsis, los sondeos, las obsesiones.

Las formas de narrar la experiencia, de esta manera, presentan una multiplicidad de géneros y una apertura de los límites de la narración, el proceso de escritura y las posibilidades de representación. La narrativa de la crisis se define por la experiencia sentimental y por el estallido social, económico y político de 2001. La escritura, en este sentido, configura una potencia que abre sentidos y formas de conocer un acontecimiento destructivo.

Por otra parte, Patricia Rotjer (2011) argumenta que *La intemperie* se construye sobre un cruce de distintos géneros discursivos: es una novela en tanto desarrolla los itinerarios de una separación amorosa; es un diario porque el relato sigue un orden cronológico; es una crónica social porque describe, asimismo, escenas y paisajes urbanos posteriores al estallido de la crisis de 2001; es un ensayo porque expone y reflexiona sobre la realidad política, social y cultural argentina. El cruce de géneros construye una ficción autobiográfica que tiene en su centro el afecto y el impacto afectivo del abandono amoroso. Por un lado, la novela pone al descubierto la precariedad de la sociedad argentina puesta en crisis, y por el otro, hace visible el efecto del abandono desde la sexualidad y la afectividad. En este sentido, la autora establece que el cruce de géneros y la mezcla discursiva permiten el despliegue de la intimidad

y de la sexualidad lesbiana. La voz que construye la narración, según Rotjer (2011), es el motor que pone en circulación la lectura de la realidad, el escenario público y el privado, e incluso funciona como condición de denuncia de la experiencia de la crisis. Es interesante destacar el rol que ocupa lo íntimo, la voz y la escritura del diario como parte de la fuerza que motoriza la percepción de lo real y la representación de la experiencia.

Se destaca, en este sentido, la forma en que la fragmentación narrativa se asocia a la vulnerabilidad en la que se expone el cuerpo. Dentro de la narración, asimismo, se expresan citas literarias que se condicen con la postura propuesta. Se trata de citas literarias dispersas por la narradora a manera de anotaciones cargadas de simbolismo respecto de lo que afecta a nivel subjetivo y de la forma en se que busca comunicar el dolor, el derrumbe, la intemperie.

Tanto la escritura como el lenguaje literario funcionan como una suerte de posibilidad y potencia frente a la crisis, es decir, marcan una potencialidad en la medida en que permiten habitar un lenguaje que alcance la representación de la crisis desde la escritura del yo, la experiencia y la sensibilidad de quien se siente abandonada y quien fue abandonada por un amor y por el estado: *“...uno intuye que si no se encuentra con otros, si se encierra, va a desvariar, va a quedarse sin otro que lo piense para poder pensarse y va a dar vueltas de zapping como un energúmeno, esperando que algún espacio mediático o virtual tire algún estímulo con intensidad de olvido”* (Massuh, 2008, p.213). De esta manera, la escritura, así como también la literatura, acopian elementos de la experiencia de la crisis al mismo tiempo que configuran la escisión subjetiva que vive la narradora. Los fragmentos, las citas, los géneros, la búsqueda por la representación, no solo forman parte de un campo semántico ligado al desajuste estructural y al abandono, sino también marcan una potencialidad y buscan dar respuestas a las formas de operar de la crisis bajo el dinamismo propio de la incertidumbre. De la misma manera, se visibiliza dicha operación a través del sinsentido “bla, bla” con el que culmina determinadas entradas del diario. El “bla, bla” no muestra otra cosa que un hermetismo lingüístico y un refugio simbólico que experimenta la narradora respecto de la escritura, es decir, así como las citas literarias construyen un contexto y un marco en donde la narradora se mueve con facilidad para transmitir, desde lo simbólico, el malestar emocional de la experiencia, el “bla, bla” supone un cierre respecto de lo que no se puede transmitir, de lo que permanece, en cierta medida, en la percepción de sí misma: no hay nadie a quien transmitir o no hay palabras que logren plasmar la crisis como sí lo hace la escritura del yo.

La fragmentación simbólica en el plano del contenido

La fragmentación que se propone desde lo formal a través de la escritura por entradas tiene su asimilación dentro del nivel del contenido. El texto, la forma y el contenido, se manifiestan afectados por las emociones que atraviesan a la narradora, en este caso, la nostalgia, la pérdida, la desorientación, es decir, significaciones dentro del orden de la crisis, que circulan entre las personas, los sucesos y la escritura. Dicho de otro modo: la narración, por un lado, a través de la escritura del yo, busca representar la crisis generalizada en un plano formal y simbólico, donde el proceso de escritura y el contenido literario toman un rol central. Por el otro, el contenido de la narración, los vínculos, los proyectos y la construcción de los personajes, presentan diferentes formas de abordar la experiencia de la crisis que se visibilizan a través del abandono amoroso, el quiebre en situaciones de comunicación y diálogo, la precarización de lo social y lo cultural, y las respectivas experiencias cotidianas que les sirven de soporte.

En este sentido, dentro del plano del contenido, la ruptura que se asocia a la significación de la crisis se pone en evidencia, por un lado, en relación a la distancia que presentan los vínculos en términos comunicativos y de abandono amoroso o afectivo.

Sucesivamente, a lo largo de la narración, la narradora demuestra mantener y generar una distancia simbólica respecto de otras personas. En principio, con Diana, la distancia y la falta de conexión comunicativa marcan un punto central dentro de la experiencia del abandono amoroso y de la materialización de la experiencia de la crisis: "La separación comienza con una primera e imperceptible falta de respeto [...] 'No, no es esto lo que me está queriendo decir'. Esa primera negación expresa que la grieta ha comenzado a drenar. ¿Durante cuánto tiempo me dediqué a ignorarla?" (p.40).

Asimismo, en el plano de los vínculos, la transmisión del lenguaje y la comunicación se muestran bloqueadas por una pérdida, por el desajuste en la asimilación de las perspectivas y de la comprensión entre pares: "Anne Sophie no me esconde la supina desconfianza que le producen mis efluvios verbales. 'No termino de entenderte', aclara, 'no porque no sepa español, sino porque me parece que estás inventando'. Y remata: 'en realidad no te creo nada'" (p.57).

De la misma manera, la distancia existente en el lenguaje o la comunicación entre los vínculos, se relaciona con la dificultad en la transmisión de las experiencias, la dificultad o imposibilidad de concretar un encuentro agradable, una estrategia de seducción en una página de internet de citas o tan solo una especie de cercanía: “Le confesé mi edad y, relacionada con ella, le pedía que me dijera por qué escribía de esa manera, para qué hacer mierda lo poco que nos queda, el lenguaje, ¿no?” (p.86). Como se expresa en la cita, existe una hostilidad hacia determinados personajes marcada por el desentendimiento que lleva a la protagonista a refugiarse en el universo de la escritura y de la literatura mostrada y configurada en sus propios términos: “Entonces me pregunté ké fuckin haría yo con uan chika laik this uan?” (p.87).

De esta manera, se presenta, en la narradora, una forma de lenguaje y expresividad intermitente entre una capacidad lingüística elocuente y la imposibilidad de hablar o expresarse frente a otras voces y discursos. Como se pone de manifiesto, la novela comienza diciendo: “Llamó Diana desde Berlín. ¿Por qué esos silencios durante la charla? Hice esfuerzos para parecer amable, serena, desapegada; aun así no hubo diálogo” (p.7). La distancia entre la narradora y Diana introduce la sensación de pérdida tanto física como simbólica de los cuerpos y las connotaciones de distintas situaciones que atraviesan en el ámbito privado y en el público. Asimismo, la elocuencia que demuestra la narradora a lo largo de la novela se ve ignorada, interrumpida y fragmentada por otros discursos y posturas, es decir, la falta de comunicación toma lugar entre los personajes: “Ella miraba para otro lado: ‘Bajate del pedestal’, me decía” (p.11). Lo mismo se expresa en la siguiente cita: “Llamame cuando quieras, sólo que vos hablás esperanto y yo quechua. Entonces no sé si cuando decís ‘teatro’ te estás refiriendo a lo mismo que yo pienso cuando alguien pronuncia la palabra ‘teatro’” (p.291, 292).

Aquí se pone en evidencia, una vez más, las formas en las que la escritura se configura como una instancia no solo de refugio y representación de una situación de derrumbe general, sino también como una instancia potencial, en la medida en que, a partir de allí, se construyen los lazos que permiten trazar el camino hacia el entendimiento personal de una situación destructiva. Es necesario destacar que el entendimiento personal, no obstante, se construye a través del diario íntimo y del espacio de la escritura creativa. Dicha representación aporta, en cierta medida, a una forma de representar artísticamente la experiencia de la crisis dentro del contexto de producción de la literatura posterior al estallido.

En este sentido, la primera persona que narra el diario íntimo presenta dentro del discurso una potencialidad que se ve alterada dentro del ámbito de lo narrado. Es decir, existe una disociación cualitativa en las formas de la voz dentro del plano formal y del plano del contenido. Por un lado, en la escritura, la voz en primera persona marca una orientación que da cuenta de los caminos de la incertidumbre, la fragmentación y la experiencia de la crisis. Por otro lado, los sucesos narrados muestran una voz percibida de forma peyorativa, inapreciable y carente de efecto sobre las demás personas.

Las palabras de la escritura construyen un conocimiento que permite generar una representación de la crisis al mismo tiempo que las palabras de la narradora en relación a las personas y los acontecimientos encuentran limitaciones, dificultan el desarrollo de los sucesos. La escritura, y en general, el arte, parecen ser los únicos refugios desde donde representar, contar, ordenar una realidad subsumida en la falta de estabilidad, una realidad que se asemeja más a la intemperie que a un orden de cosas dado de forma apacible y armoniosa. La narradora expresa, en este sentido, lo siguiente: “Esta movediza quietud es lo que queda, intemperie afuera y en el alma. Qué ganas de poder hablar, pero no hay lenguaje para definir esta incertidumbre ni proceso humano que permita redimir...” (p.213). Los límites impuestos por el lenguaje cotidiano de las acciones no se corresponden con las posibilidades de representación del lenguaje artístico, de la escritura y de la literatura. Aquí, nuevamente, la escritura se configura como una potencia puesto que establece un contraste con las limitaciones del discurso real, para expresar la incertidumbre de la experiencia de la crisis.

La crisis y la alteración de los sentidos

De la misma manera, el lenguaje es puesto en crisis a través de la alteración de los sentidos, significados y conceptos universales: “Lo ‘común’ ha desaparecido [...] no hay nada en común porque la política dejó de procurar el bien de todos. Esa suma es una resta, una desaparición, del mismo modo que ‘patria’ es un concepto vacío” (p.79). Así como la incertidumbre y el derrumbe de los imaginarios sociales afectados por el estallido de la crisis suponen generar un quiebre en los conceptos universales, la crisis también conjetura una potencia, desde el punto de vista simbólico, a través de la ruptura, la puesta en movimiento y de una nueva circulación

de connotaciones, conceptos, significados y emociones que permiten asimismo la emergencia de nuevas maneras de narrar y tomar una perspectiva respecto del mundo.

El análisis de la narración a través de la figura del abandono y la vulnerabilidad en el contexto de la poscrisis se sostiene con la escritura: la apertura genérica que permite el diario íntimo y la búsqueda por la representación simbólica de la crisis que conllevan explorar los límites entre abandono amoroso y abandono estatal, entre lo privado y lo público. La lectura de Ariza (2018), en este sentido, permite, asimismo, vincular el impacto de la experiencia de la crisis no solo desde el quiebre de la subjetividad sino también desde el quiebre de los lugares comunes y los imaginarios establecidos. El abandono privado y público implica en *La intemperie* una crisis en el lenguaje, los saberes heredados, en la medida en que la crisis abre un estado de ambigüedad y fragilidad simbólica.

Es decir, la narración da cuenta de la forma en que la crisis política trae aparejada una crisis simbólica de aquellas ideas fuerza que sostienen discursos estructurales en una sociedad, tales como “la patria” o “lo público”, según marca la novela. Se presentan como significantes vacíos en la medida en que su significado se encuentra en disputa. La crisis dispersa la lógica previa que asigna contenido a los imaginarios sociales, para dar paso a la fragilidad simbólica: no hay sostén simbólico ni estructura ideológica que resista a la experiencia de la crisis. De la misma manera, el quiebre y las limitaciones que manifiestan los discursos dentro de la práctica cotidiana, como se ha desarrollado anteriormente, se produce asimismo dentro de los discursos hegemónicos que sostienen dichos sucesos y prácticas cotidianas. Dicho de otra manera, así como el quiebre de los imaginarios se encuentra representado a través de la escritura del diario íntimo, es posible identificar una estrategia de representación en la que lo político es personal.

La multiplicidad discursiva de la crisis

La escritura del diario personal, de esta manera, apuesta por una multiplicidad de discursos que atañen a la experiencia de la crisis desde distintos planos. Habilita la narración del fragmento, la incertidumbre y de la crisis de los conceptos universales. Así como la narración desde el afecto y la distancia que experimenta la narradora en relación a los vínculos afectivos, permite una narración fragmentada de entradas cotidianas, de escritura del yo y de la intimidad,

el diario supone también un marco provechoso para la narración de los efectos de la crisis desde otros registros posibles: la crónica, el ensayo, la crítica cultural.

La diferencia de registros alude a la posibilidad de alcanzar la representación de la crisis desde otros sentidos dados en la escritura. La crónica periodística permite expresar la incertidumbre y la ruptura del orden dado que se constituye como un género híbrido. En la novela, las cualidades de la crónica se aprovechan en la medida en que, por un lado, la narradora se muestra como protagonista de los acontecimientos que relata, establece una lectura propia, al mismo tiempo que informa sobre los sucesos y mantiene un estilo narrativo que habilita la visión personal y objetiva. Se realiza una descripción, por ejemplo, de un fragmento de la vida de Graciela Paredes ligado al acontecimiento de la crisis, personaje que “hasta noviembre de 2001, ‘año en el que me plegué a un retiro voluntario masivo al que se acogieron más de mil setecientas personas’, mantenía al marido enfermo y a tres chicos con el sueldo de empleada bancaria” (p.42). La elección por una multiplicidad narrativa rompe con la rigidez de las dicotomías excluyentes que asignan a lo público y a lo privado ámbitos únicos sin posibilidad de reciprocidad. El sentido que adopta la crisis desde esta perspectiva en particular de la crónica narra la vida desorganizada y precarizada de una persona como consecuencia de las decisiones económicas del contexto político. Es decir, la narración del derrumbe de una vida pasa de una lógica lineal a una lógica signada por el dinamismo de la incertidumbre, la precariedad y las intensidades de las emociones y el cuerpo.

En relación a la forma en que la escritura se muestra como una potencialidad que muestra un contraste respecto de las limitaciones constructivas de la experiencia de la crisis, se destaca el hecho de que Graciela Paredes no solo se presenta como desempleada sino también como escritora de ficción. En concreto, se presenta como escritora de una novela que trata sobre “la desaparición de la Argentina y sus protagonistas, los perros zaparrastrosos, luchaban contra el Fondo Monetario Internacional” (p.44).

En este sentido, la experiencia de la crisis encuentra sus pliegues no sólo en las referencias concretas de la fecha precisa y las referencias que aluden al contexto explícito, sino también dentro de la ficción, el plano simbólico de la literatura que experimenta la narradora del diario y Graciela Paredes, respectivamente. Así como la narración del diario vincula la experiencia del cuerpo: los afectos, emociones y sentimientos del abandono, con la experiencia social de la crisis; también la vida de Graciela Paredes, específicamente, vincula una

experiencia diaria signada por la precariedad con la necesidad de representación simbólica de los acontecimientos externos. La escritura, en ambos sentidos, habilita una posibilidad, una potencia de la representación y de la comprensión de sucesos catastróficos.

Asimismo, la narradora describe en formato de crónica sucesos políticos del presente de la narración desde una perspectiva personal y objetiva: "Pienso en la nueva normalidad de la Argentina después de las elecciones presidenciales. El gobierno coquetea con la protesta social; intenta cooptar a los grupos más díscolos y lo logra a medias. Los días de incertidumbre parecen haber pasado..." (p.125). Como se menciona anteriormente, el formato crónica habilita la narración en primera persona de la experiencia de la crisis estableciendo una suerte de ruptura respecto de la dicotomía entre lo público y lo privado dentro de la hibridez del plano discursivo. La primera persona describe desde el propio andar, pensar y sentir una situación política general, que excede lo propiamente individual. Aquí, desde lo privado se pretende construir una comprensión de lo general en la medida en que establece un registro de los sucesos de la realidad desde una perspectiva personal. Del mismo modo, se narra sobre la vida de políticos en el contexto del estallido de la crisis desde una perspectiva que liga los sucesos con una afectación personal: "Las noticias me ponían eufórica: en aquel enero de 2002 varios políticos tuvieron que confrontarse por única y última vez con la única forma de justicia colectiva que supimos conseguir: el escrache" (p.226).

Vitagliano (2018) establece una lectura similar en la medida en que da cuenta de la forma en que la narradora de *La intemperie* escribe un diario íntimo que retrata por un lado el abandono amoroso, y el por el otro, reflexiona sobre la realidad social. La lectura de Vitagliano (2018) hace foco, no obstante, en la narración, a través de la colisión de discursos y géneros, de la pérdida del espacio público. La novela avanza hacia la pérdida del espacio público ocasionada por la crisis al mismo tiempo que retrocede en el tiempo de la historia, de la vida personal de la narradora, de lo ya dicho. Según Vitagliano (2018), en *La intemperie*, el espacio íntimo funciona como motor de escritura de la crisis y permite, de esta manera, reflexionar sobre la forma en que, dentro del plano del contenido, la pérdida del espacio público conlleva a la elección de una narración del yo, y a la consideración de la escritura (en primera persona) como articuladora del contexto.

De esta manera, la vulnerabilidad personal que manifiesta en las páginas del diario se expresa también en los registros que lo conforman en donde se hace más evidente no sólo la

multiplicidad de connotaciones que permite la crisis, sino también las distintas formas de comprender y representar los acontecimientos, el derrumbe, la desesperanza a través de la escritura. La escritura supone una potencialidad en donde se abren nuevos sentidos de la crisis que, paradójicamente, se describe a través de significantes y campos semánticos negativos, en forma de abandono y destrucción.

Arnés (2011), de forma similar, propone una lectura de las narraciones centrada en la forma en que, desde lo discursivo, se construye la figura del yo narrativo en diálogo con los elementos históricos del pasado. Específicamente, Arnés (2011) centra la mirada no solo en la construcción de la voz narrativa sino también en la forma en que la sexualidad de la narradora funciona como motor de escritura en los procesos de subjetivación y desubjetivación que estructuran la memoria y la historia, es decir, la forma en que en la narración se construyen tanto la sexualidad como la memoria, como espacios donde se disputa sentido. El proceso de escritura que implica la novela sostiene el tiempo político y social, y el tiempo individual de la experiencia afectiva. Para Arnés (2011), la escritura se desarrolla como un espacio de búsqueda hacia lo exterior pero también hacia lo interior de forma combinada y ambigua. No obstante, a diferencia de lo propuesto por Vitagliano (2018) en términos de intimidad, la escritura autoficcional, la libido, el deseo lesbiano, lo biográfico, la intensidad de los afectos, ponen en circulación y permiten el avance de la narración en términos de la construcción de la memoria y de la identidad, incluso desde la falta y el abandono como temas centrales de la novela.

En relación al registro de escritura del ensayo, la narradora demuestra de forma elocuente perspectivas en torno a la cultura y al impacto de la crisis en el ámbito cultural. En especial, la narradora expresa con fluidez y propiedad simbólica una crítica al pensamiento sobre la cultura que prioriza las lógicas del mercado, por sobre el análisis cultural que se detiene en las formas de conocimiento que habiliten y den herramientas para la comprensión de la realidad. La narradora visibiliza un quiebre y una grieta, es decir, una ruptura respecto de la crítica cultural, haciendo hincapié en la forma en que el mercado, el neoliberalismo, así como también la industria cultural marcan un desajuste entre las formas de representación y el consumo cultural: “no hay que confundir el consumo cultural con la cultura” (Massuh, 2008, p.192).

La escena narrada en el diario personal se corresponde con una experiencia de la protagonista que presencia un programa de televisión donde emite comentarios que no se condicen con la perspectiva del programa, ligada al éxito de la cultura en términos del incremento en el consumo cultural. El hecho de que el programa no salga al aire y el rechazo que genera la protagonista en el resto de los personajes que presencian el evento, marca una clausura no solo dentro del lenguaje, en términos de un corte en la comunicación, la posibilidad de interacción y reciprocidad de ideas, sino también dentro de la posibilidad de representar un acontecimiento marcado por el derrumbe desde un registro oficial. De la misma manera, la narradora reflexiona, desde el contexto político como disparador de escritura, sobre la relación entre la crisis de la representación estética y política: “La imagen artística está en las antípodas. Cuando más alejada de la imagen de los medios, mayor grado de contenido y, por lo tanto, su potencialidad simbólica” (p.80). La lógica del mercado, de los medios de comunicación de los sectores de poder, la utilidad y el consumo material, funcionan como un discurso dominante dentro de los discursos habilitados y autorizados para la formación de opinión que fijan un límite para la voz que intenta plasmar la narradora. La lógica que tiene la narradora respecto de lo que se considera cultura forma parte de un discurso minoritario: así como los discursos y los conceptos universales y hegemónicos se quiebran, la representación cultural también se encuentra en crisis.

De la misma manera que ocurre con los vínculos afectivos y con los imaginarios sociales hegemónicos, la narradora se encuentra en una disputa respecto de las ideas presentadas dentro del programa. Se manifiesta un choque simbólico en donde se pone en evidencia la frustración que supone la representación de la crisis en el plano público, el quiebre de los saberes colectivos, y la necesidad de trasladar la representación al plano de la escritura en primera persona.

Proyectos en crisis: la incertidumbre como representación

Bajo la misma línea de pensamiento, se destaca uno de los hilos conductores de la novela: el desarrollo de un proyecto artístico denominado “Vivir sin Estado”. El proyecto busca realizar una investigación sobre las causas y las consecuencias de la crisis desde la perspectiva de artistas plásticos extranjeros: “yo quería saber si se podía narrar una catástrofe económica

desde una mirada artística” (p.13). El proyecto artístico se mantiene a lo largo de la novela y permite sostener, en el mismo sentido, la pregunta por la representación de la crisis, sobre las formas posibles y sobre la posibilidad de generar un discurso desde el arte que logre indagar, aproximarse o dar con la experiencia de la crisis.

De esta manera, la pregunta por la representación de la crisis se entrecruza con la crisis del lenguaje, el desajuste en la comunicación, el malestar emocional y el impacto de la crisis a nivel coyuntural. La posibilidad de generar discursos lineales y determinantes que aseguren una representación general y pauta de la crisis encuentra una limitación: “Pancha pretende un diario que recopile las etapas de la investigación [...] representación artística y su relación con la crisis de la representatividad política... no puedo. Yo solo estoy en condiciones de vomitar frases de ritmo prefabricado, cursilería de ocasión...” (p.33). El desarrollo del proyecto, dentro de los límites y las posibilidades que garantiza la narración, no implica la realización del proyecto acabado, sino que acompaña el proceso, en otro registro y otro tipo de discurso, de la representación de la experiencia de la crisis desde los efectos que produce en el cuerpo: inacabada, dinámica, limitada por su misma incapacidad por encontrar elementos del lenguaje que lo expresen.

La representación de la crisis es un imposible al mismo tiempo que lo imposible del lenguaje se convierte en la forma adecuada de representación. Como la cita mencionada, se genera una dualidad entre la imposibilidad de representar la crisis y la expresión de los efectos de la crisis en el plano de la escritura. De esta manera, la escritura del diario supone entonces una forma en donde se manifiesta una multiplicidad de discursos y registros diversos, a través de los cuales la experiencia de la crisis se manifiesta de forma fragmentaria, confusa, carente de claridad y desajustada.

Conclusiones

La escritura artística, en específico del diario personal, abre interrogantes, manifiesta sensaciones y posibilita la visibilización de estados del cuerpo asociados a la escisión, el abandono y la carencia. Funciona como un recurso posible para la representación de la crisis puesto que la experiencia de la crisis se configura como aquello a punto de ser, el desajuste, el desorden, la potencia de la narración sin la posibilidad de su concreción, como un estado

anterior a la totalidad acabada. En el mismo sentido, la escritura es la potencia que construye un abanico de posibilidades respecto de las formas de abordar la experiencia incluso si aquello que responde al contenido de la narración se involucra más con aspectos negativos, de destrucción y clausura, que con aspectos ligados a la apertura de significantes. De cualquier modo, la escritura responde a los avatares de la crisis: la vulnerabilidad, la fragmentación del quiebre, la subjetividad escindida, la ruptura de los conceptos universales. Y se aproxima, mediante dichos avatares, hacia formas posibles de representación artística, personales y políticas.

Bibliografía

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: Programa Universitario de Estudios de Género.
- Ariza, J. (2018). *El abandono. Abismo amoroso y crisis social en la reciente literatura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Arnés, L. (2011). Espacio autobiográfico y sexualidad en *Habitaciones* de Emma Barrandeguy y *La Intemperie* de Gabriela Massuh. En *XXIV Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana*. Conferencia llevada a cabo en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Buenos Aires.
- Fernández, N. (2016). La coartada de la literatura. Arte, escritura y estética del presente. *Organon*, 31 (61), p. 81-101.

- Havas, T. O. (2019). La pérdida de la felicidad en dos novelas argentinas contemporáneas. *Crisol* (4), p. 1-14.
- Hernaiz, S. (2006). "Sobre lo nuevo: a cinco años del 19 y 20 de diciembre". El interpretador.
- Massuh, G. (2008). *La intemperie*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Berlant, L. (2020). *El optimismo cruel*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible: ensayos desde un presente en crisis*, Argentina: Tinta Limón.
- Rotjer, P. (2011). Sexualidad, política y literatura: lugares del decir/la palabra lesbiana. *Astrolabio* (6) p. 92-106.
- Sztulwark, D. (2019). *La ofensiva sensible. Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Sáitta, S. (2014). En torno al 2001 en la narrativa argentina. *Literatura y lingüística*, (29), p. 110-131.
- Vitagliano, M. (2018). Tres novelas frente al neoliberalismo: *El traductor, El trabajo y La intemperie*. *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, número extraordinario* (3) p. 19-35.